

VEINTEMIL LEGUAS NO ES NADA

(HOMENAJE PERSONAL A JULIO VERNE EN EL AÑO DE SU CENTENARIO)

Hace unos meses, en el momento doloroso de deshacer definitivamente la casa de los padres, mientras metíamos en una caja de cartón los libros de la colección RTVE, mi hermano comentó que en esos libros habíamos aprendido a leer. Y eso no es cierto, quizás fueron los que nos introdujeron en la lectura adulta, pero antes de ellos, antes de Cortázar, de Cunqueiro, de Unamuno, de Baroja, de Galdós, incluso antes de Melville, de Stevenson o de Defoe en esas ediciones adultas, sin imágenes, estuvieron los libros de Julio (que no Jules) Verne, con sus dibujos cada tres páginas, el viejo y querido Tío Julio, que llenó tantas tardes de mi infancia.

Si, de mi infancia ¿qué pasa? También las chicas leemos a Julio Verne, por lo menos yo lo leía. Los libros eran de mi hermano, pero yo he sido bibliófaga desde mi más tierna infancia y no me bastaban los vales de Sissi¹, y las desventuras de las hermanas March² (tendrían que pasar muchos años y muchos libros escritos por mujeres para que yo llegase a valorar la obra de Louise May Alcott). Mi lema era “Más papel, esto es la guerra”, y por allí, por mis lecturas infantiles, pasaron también los tres mosqueteros y su acompañamiento, las lánguidas princesas de Rubén Darío, los cuentos recogidos por un turista yanqui en la Alhambra, los héroes escoceses de Walter Scott, las primeras obras clásicas y, por supuesto, el Tío Julio.

Hay títulos que no se pueden olvidar, que me saben a yogur en tarros de cristal y a un mundo que se descubría todos los días, a estufa de butano, sillas de skay, muebles de formica y televisión en blanco y negro: “Veinte mil leguas de viaje submarino”, “Viaje al centro de la tierra”, “A través de la estepa”, “La vuelta al mundo en ochenta días”, “La Jangada”, “La isla misteriosa”, “Los hijos del Capitán Grant”, “Miguel Strogoff”, “Cinco semanas en globo”, “Las tribulaciones de un chino en China”, “Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el Africa Austral”...

No siempre eran libros fáciles de leer. Había en ocasiones una cantidad de información excesiva, sobre todo para alguien tan poco dada a las ciencias físicas y químicas como yo. Sin embargo, se perdonaba todo, incluso la descripción detallada de un mechero Bundsen, que debe ser algo que dejó de usarse a principios del siglo XX, para seguir la acción, las peripecias de los protagonistas. Unos protagonistas con los que no siempre era fácil identificarse. No sólo había pocos personajes femeninos, es que los sabios científicos y los heroicos exploradores tampoco eran amables “per se”. Los personajes simpáticos eran los criados, sobre todo Passepartout, llamado “Picaporte” en la versión traducida que yo leía, herencia quizás del viejo Molière, no sé. Hasta donde yo recuerdo el único personaje con el que llegué a identificarme fue el joven Axel, que acompaña a su tío al centro de la tierra y pasea atónito entre bosques del cuaternario y explosiones volcánicas.

Algo de ese ver sin llegar a entender, pero disfrutando cada minuto era la impresión que yo sacaba de las lecturas de Verne. Esa agitación constante, ese ir sin parar de un lado a otro, ese conocer cosas nuevas sin llegar a asimilarlas del todo. Claro que lo mismo les pasaba a los protagonistas de otra novela que yo frecuentaba por aquella época, unos tales Periandro y Auristela³, que se dedicaban a ir de isla en isla, de país en país, vestidos unas veces de hombre y otras de mujer, sin que dejaran de pasarles cosas, y sin saber muy bien en qué iba a acabar todo aquello.

No he revisitado después en versión original ninguno de los países vernianos de mi infancia, como si que he hecho, por ejemplo con la Isla de Nunca Jamás⁴. En algún momento de la adolescencia, entremezclados ya con las lecturas adultas, vinieron “El castillo de los Cárpatos” y “Las Indias

negras”, pero los yogures se comercializaban en envases de cartón, y ya no sabían lo mismo. Si que resurgió la vieja entrega, la confianza infantil que me hizo entrar hasta tal punto en la desesperada búsqueda romántica de Franz de Telek como para crearme aquel novelón gótico sin pensar en ningún momento en algo tan prosaico y tan presente en mi vida como un magnetófono. Y debo confesar que en “Las indias negras” no llegué a encontrar los supuestos elementos autobiográficos y psicoanalíticos de las relaciones entre Verne y su padre que anunciaba algún crítico. Hubo también, perdida entre *whodunnits* anglosajones, una novela policiaca extraña, “El secreto de Wilhem Storitz”, que tenía algo de los cuentos fantásticos de los románticos alemanes⁵, mezclado con la anticipación de H. G. Wells.⁶ Me gustó, pero para mí, aquello no era Verne.

Y desde entonces, poco más. Hace un tiempo empecé a ver en ediciones francesas títulos que me eran desconocidos “Le beau Danube jaune”, “Paris dans le XXème siècle”, “Robur le Conquerant”, “La chasse au météore”, “Le volcan d’or” y los compré, porque en cuestión de libros yo compro casi todo, aunque leerlos no los he leído. Y ahora, con motivo del centenario, las mesas de novedades se llenan de los clásicos de toda la vida, y yo vuelvo a ver títulos casi olvidados como “La esfinge de los hielos”, “Las aventuras del Capitán Hatteras”, “Dos años de vacaciones”, “De la tierra a la luna”... Y otros más, cada vez que me acerco: “Un invierno entre los hielos”, “Escuela de Robinsones”, “El faro del fin del mundo”, “La ciudad flotante”... Y, a la inversa que la *magdalena* de Proust⁷, ellos me hacen venir a la boca un sabor de infancia y de esperanza. Ya no tengo diez años, pero todavía puedo leer por primera vez a Julio Verne.

Y a los que me cuestionen la conveniencia de semejantes lecturas en la edad adulta, les recordaré que, según el tango, “siempre se vuelve al primer amor”⁸, y que “veinte años no es nada”⁹ así que hoy “con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien”¹⁰, me planteo el reencuentro con aquel señor de barba blanca. Sobre todo porque, retomando mi discurso inicial, con Verne aprendimos a leer, y si hemos podido sacar placer de nuestro paso por Macondo¹¹, por el condado de Yoknapatawpha¹² (en este caso no siempre y con cierta dificultad, pero aún así) o por la mismísima Tierra Media¹³, es porque antes estuvimos en la isla misteriosa o a bordo del Nautilus.

Y porque, de alguna manera, el tren que atropella a la pobre Ana Arkadievna¹⁴, es el mismo tren que, a través de la estepa, llevaba hasta Pekín a un enamorado chino que no podía pagarse el billete, facturado como equipaje en una gran caja de cartón.

Así que ¡hasta pronto, tío Julio, y gracias por todo!

Sofía Aragón Sánchez

¹ Diversos títulos apócrifos publicados debido al éxito de las películas de Romy Schneider, con título tales como “Sissi”, “Sissi, emperatriz”, “La alegría de Sissi”, “Sissi en la isla de las rosas”...

² “Mujercitas” de Luise May Alcott

³ “Los trabajos de Pérsiles y Segismunda” de Miguel de Cervantes

⁴ “Peter Pan” de James M. Barrie

⁵ Sobre todo. E.T.A. Hoffmann, pero también La Motte-Fouqué, Tieck, Von Arnim...

⁶ “El hombre invisible”, aunque decirlo suponga reventar la historia de Verne

⁷ “Por el camino de Swann”, primer tomo de “La búsqueda del tiempo perdido”

⁸ “Volver”, tango de Alfredo Le Pera y Carlos Gardel, que le gustaba cantar a mi padre

⁹ Ibidem

¹⁰ Ibidem

¹¹ “Cien años de soledad” de Gabriel García Márquez

¹² Presente en la obra de William Faulkner

¹³ Presente en la obra de Tolkien, en especial en “El Señor de los Anillos”

¹⁴ “Ana Karenina” de Lev Tolstoi